

# MALA HierBA

ANDREA ARROYO DEL CAMPO

SIREN



BOOKS

# MALA hierBA

ANDREA ARROYO DEL CAMPO

Primera edición: octubre 2023

© de la obra: Andrea Arroyo del Campo, 2023

© diseño de cubierta: A. Wildes, 2023

© de la corrección: Patricia Rouco

© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2023

info@sirenbooks.es

<https://sirenbooks.es/>

ISBN: 978-84-127237-2-4

Depósito legal: M-27463-2023

IBIC: YFH

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 917021970/932720447).

*Para Naiara y Guille,  
los sueños se acaban cumpliendo.*



**Aviso de contenido:**

Muerte y violencia, maltrato infantil y abuso de poder.





# PRÓLOGO

Los gritos se escuchan por los pasillos principales del palacio. Los sirvientes se esconden en los aposentos, tardando más de lo habitual en limpiar cada recoveco, ninguno quiere tener nada que ver con lo que están seguros de que va a ocurrir, porque en este palacio siempre ocurren las mismas cosas y, desde hace años, nunca son agradables.

Las puertas doradas se abren con un golpe y los gritos se vuelven más intensos. Dos soldados con uniformes rojos caminan a paso ligero por el largo pasillo de mármol blanco. Van con la cabeza erguida y sin darle la menor importancia a la muchacha que arrastran de los brazos por el pulido suelo, tan brillante que hasta puede reflejar su demacrado rostro.

Sus ojos están amoratados, su labio partido y su vestido rasgado. No deja de gritar, pide auxilio y patalea con todas sus fuerzas intentando zafarse del agarre de los dos hombres. En varias ocasiones trata de ponerse en pie para salir corriendo, pero sus captores vuelven a empujarla al suelo.

Los soldados se paran ante una gran puerta tallada, con decoraciones doradas y motivos florales, como si una gran enredadera de oro se deslizase entre la madera. Frente a la puerta, otros dos soldados custodian el paso. Llevan el mismo uniforme rojo y, si no fuese porque tras su armadura se les nota respirar, nadie podría diferenciarlos de un par de estatuas.

Los hombres que arrastran a la muchacha se llevan la mano libre al casco y, al unísono, la colocan cerca de la visera a modo de saludo. Sus



compañeros se quedan inmóviles mirando a la chica, quien ya comienza a tener el surco bajo la nariz lleno de lágrimas, sangre y mocos. Ambos asienten y se giran para empujar la ostentosa puerta que se abre lentamente.

Entran a una larga galería llena de espejos, adornada con enormes murales florales, los cuales dan la sensación de estar en medio de un paraíso. La muchacha intenta fijarse en toda la decoración, pero apenas puede abrir sus doloridos ojos. Apenas escucha la música que hay en la habitación, uno de los golpes ha dañado sus oídos, por lo que se centra en el tacto de la alfombra de terciopelo por la que es arrastrada. Al menos, eso lo puede notar.

Los soldados sí pueden apreciar la música de la violinista que hay en el centro de la galería, y a las tres jovencitas que bailan a su alrededor con vestidos llenos de transparencias y detalles de oro que adornan sus muñecas y tobillos; todo ello como divertimento para el del hombre que hay sentado en un trono de terciopelo blanco al final de la sala. Ni un palmo de su piel es visible. Todo su cuerpo está cubierto por su uniforme militar rojo y su rostro está oculto tras la máscara que le da nombre: el rey Lobo.

—Su Majestad —se atreve a decir un soldado cuando la música cesa.

Las bailarinas hacen una reverencia al rey, quien deja escapar un gruñido molesto, y se dirigen hacia una de las esquinas de la habitación. Uno de los soldados las observa con cautela y lanza a la prisionera a los pies del monarca.

—La hemos encontrado en el invernadero —anuncia su compañero—. Estaba robando ungüentos y plantas medicinales.

La muchacha está tendida en el suelo. Intenta levantarse, pero apenas tiene fuerza en los brazos. Uno de los soldados se apresura a tirar del pelo de la chica para que el rey pueda observar su malherido rostro. Ella ahoga otro grito de dolor.

—¿Y la boticaria? —pregunta con desgana el monarca.

—El capitán se está haciendo cargo de ella.

El rey se limita a realizar un gesto de desinterés con la mano. El soldado suelta el cabello de la sirvienta y deja que caiga de nuevo contra la alfombra.

—Estamos enfermos... —El hilo de voz de la prisionera apenas es audible—. Necesitamos plantas medicinales para curar a los demás sirvientes... y a los niños. Se están muriendo de las enfermedades más simples... ¡Tenga compasión!

El monarca ni siquiera la mira. Levanta una mano hacia las bailarinas y ellas responden colocándose delante del trono para bailar justo cuando vuelve a sonar el violín con un ritmo animado.

—¡No puedes dejarnos morir como perros! —grita la sirvienta con ira y golpea el suelo con fuerza—. ¡Se supone que somos tu pueblo, maldito bastardo!

Cuando levanta la cabeza, la muchacha se da cuenta de que el rey la señala con el mismo gesto aburrido con el que la ha estado observando hasta ahora. Ella duda durante un segundo, pero en ese momento se percata de la sombra que se ha mantenido en silencio al lado del rey Lobo durante todo ese tiempo, como un perro a los pies de su amo.

Ahora se le ha dado una orden y va a cumplirla obedientemente, como ella siempre hace.

Una silueta femenina vestida con una capa roja se acerca hacia la joven al paso del violín. Las bailarinas la dejan pasar mientras siguen con su danza.

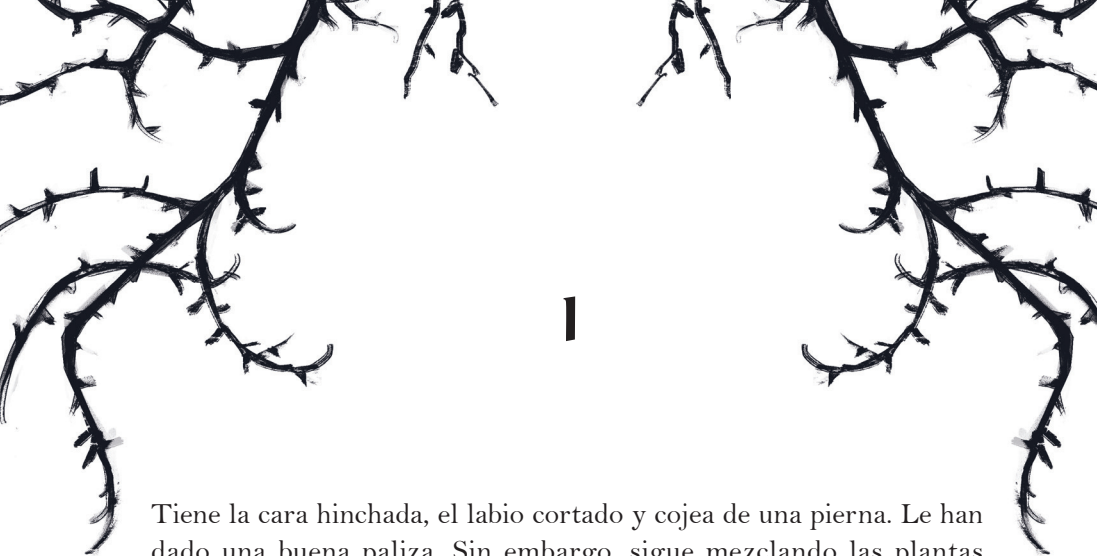
La doncella intenta ponerse en pie una vez más, pero un soldado la golpea y le coloca el pie en el pecho para evitar que vuelva a levantarse. Ahoga un pequeño grito asustado cuando ve el brillante filo de una espada justo encima de su cabeza.

—Mala Hierba... —susurra como si fuese una palabra prohibida.

Con un grácil movimiento de mano, la hoja de la espada baja con fuerza y la música del violín cesa de una forma increíblemente agradable.

Ya se encargarán después de limpiar la sangre.





# I

Tiene la cara hinchada, el labio cortado y cojea de una pierna. Le han dado una buena paliza. Sin embargo, sigue mezclando las plantas medicinales con esmero. Lleva la larga melena naranja recogida en una coleta mientras cumple la labor que el rey le ha encomendado. Lo hace para sobrevivir, como cada uno de los habitantes de Garland, porque si no sigues las normas, no eres necesario y si no eres necesario... Bueno, tienen que quitarse a los estorbos de encima.

La boticaria coge el mortero y comienza a machacar la mezcla. Lo hace con fuerza, con agresividad, con odio. Me pregunto si estará pensando en la doncella a la que ayudó y ejecutaron, si estará pensando en todas esas personas a las que han matado en palacio... A las que Mala Hierba ha asesinado.

—¡Princesa Anahí!

Doy un brinco por la sorpresa al escuchar mi nombre. La boticaria resopla con hastío y sigue golpeando la mezcla con el mortero. Parece que la está apuñalando.

—Zoltán, me has sobresaltado —digo al ver llegar al joven capitán. Lleva el uniforme militar rojo impecable, con el escudo de un hacha bordado en el corazón brillando en su pecho. El símbolo del invasor, aunque han añadido un lobo a la imagen—. ¿No tenías que entrenar a los soldados?

—Ah, sí. Pero qué puedo decir... —Se pasea por la habitación, pasando los dedos por las hojas de las plantas que están colgadas del techo hasta colocarse frente a mí. Parte un tallo entre sus dedos y

aprecio el aroma a menta, a pesar del pañuelo que me cubre la boca y la nariz—. Hay cosas más interesantes por aquí.

Me coge las manos enguantadas y me besa los nudillos. Cierro los ojos para que no note ningún cambio en mi expresión. Hace tiempo que me he acostumbrado a las pequeñas muestras de afecto de Zoltán porque, como su prometida, eso es lo que se espera de mí.

—El rey Lobo requiere tu presencia —dice finalmente aún sin soltarme las manos. Agradezco que ambos llevemos guantes. Estoy sudando.

—¿Ahora? No esperaba verlo hasta la hora del almuerzo. —Finjo un gesto de sorpresa, mucho mejor que el bufido de desgana que he tenido que contener.

—Un cambio de última hora. —Zoltán sonrío con malicia. Parece un niño pequeño que planea robar dulces—. Venga, te acompaño.

El capitán tira de mi mano hacia la puerta de barrotos que lleva al exterior. Me dejo guiar cuando pasamos justo al lado de la boticaria que me dedica una mirada de odio.

—Eso, vete con tu amo. Traidora —dice en un susurro, pero su propia ira le hace alzar la voz al insultarme—. Mala Hierba.

Zoltán se para en seco. La boticaria se da cuenta de su error. Yo fijo la mirada al frente mientras el capitán desaparece de mi vista en dirección a la pelirroja.

No quiero verlo, pero lo voy a oír igualmente.

La muchacha chilla. Los puñetazos en el estómago le provocan tos. Estoy segura de que ya está en el suelo cuando los gritos de agonía se vuelven más fuertes. El capitán le patea el cuerpo, seguro que le acaba fracturando algún hueso. Nunca las manos, las necesita.

De pronto, los gritos cesan, pero los golpes no. Si Zoltán ha llegado a ser capitán, es porque sabe que algo solo debe parar cuando él lo decide.

—Insolente —gruñe el militar. Escucho su escupitajo contra el suelo. Se acerca a mi lado y su expresión se vuelve cálida. Me tiende una mano, como si nada hubiese pasado. Me repugna—. ¿Vamos?

—Por supuesto. —Le doy mi mano y sonrío tras la tela que me cubre el rostro.

Ambos paseamos por el laberinto vegetal que rodea el invernadero —o más bien celda— en el que vive la boticaria. Decenas de soldados vestidos de rojo vigilan que no llegue ningún intruso al centro del laberinto. Si hay algo que no le falta ahora mismo a Garland son soldados. Una punzada de dolor me recorre el alma: yo no debería permitir esto.

Garland era el jardín de las flores antes de que el rey Lobo llegase. Éramos famosos por la variedad de plantas medicinales que crecían en nuestro reino y por los maestros boticarios que se formaban aquí. La familia real era un orgullo para el pueblo: buenos gobernantes que hacían prosperar el comercio entre reinos vecinos o lejanos y que escuchaban las peticiones de los ciudadanos. A veces se les acusaba de cometer excesos junto a los demás aristócratas, pero a todos les encantaba comentarlo entre risitas. Porque si lo demás iba bien, ¿qué importaba un poco de diversión?

Desde que nací, como princesa de ese maravilloso reino, me llamaban «Anahí, la Flor de Garland». Hasta que un día, el rey Dante, mi padre y el hombre más leal al reino que jamás conoceré, murió.

Mi madre se quedó destrozada, pasó semanas sin salir de sus aposentos y las relaciones con los reinos vecinos se enfriaron. Sin un dirigente visible al cargo, algunos nobles y miembros del ejército intentaron hacerse con el control de Garland para sus propios intereses, creando disputas entre ellos que mermaron la eficacia de las tropas.

El reino entero entró en crisis.

Fue entonces cuando un noble de Aram, un reino vecino, se presentó frente al palacio con un ejército de hombres vestidos de rojo, tan numeroso que las calles de la ciudad parecían haberse convertido en ríos de sangre. El noble entró en el palacio con la cara cubierta por una máscara de lobo y exigió el trono.

Mi madre ordenó a nuestro empobrecido ejército que dejase las armas para evitar una matanza y negoció la rendición con aquel hombre,

a quien entregó el reino con la condición de que no le hiciese daño a ninguno de los consejeros reales y que yo siguiese siendo princesa. Poco después, mi madre enfermó y me dejó sola con tan solo doce años.

—¿Ocurre algo? —comenta Zoltán cuando llegamos a los pasillos de palacio. Me examina de arriba abajo con un gesto de duda—. Estás pensando en la chica de ayer, ¿verdad?

Lo observo con sorpresa.

—No te preocupes. Los guardias han doblado la seguridad. Ninguna de esas asquerosas ratas nos la volverá a jugar.

Noto las miradas de algunas doncellas mientras nos movemos por el palacio. Me alegro de que la capa que llevo me cubra el rostro. Siento como si tuviese la palabra traidora tatuada en la frente.

Cuando el rey Lobo obtuvo el reino, cumplió su palabra: no dañó a ninguno de los consejeros reales —los mandó a todos a Dorca, la prisión de Garland— y a mí me dijo que iba a enseñarme a «comportarme como una princesa aramesa». Me encerró en la torre más alta del reino durante medio año. Todos los días recibía golpes y palizas para recordarme que no se permitían estorbos y que, si él me daba una orden, no podía tardar ni un segundo en acatarla o acabaría muerta, que nadie debía verme el rostro porque no eran dignos, y que no debía hablar con nadie inferior a mi estatus o se encargaría de enseñarnos dónde se encontraba nuestro lugar.

Cuando por fin me dejó salir, las doncellas me abrazaron y me besaron con tanta fuerza que pensé que me estrujarían. Ellas lloraban y yo no podía hacer nada más que quedarme quieta, mirando a la nada y esperando a que todo pasase.

Creo que, durante el tiempo que pasé en esa torre, habían creado una especie de leyenda a mi alrededor: la de la princesa que alza la cabeza y se niega a arrodillarse ante sus enemigos. En vez de eso, lo único que pude hacer fue seguir a Lobo y, en medio de la plaza frente a todo mi pueblo, matar con mis propias manos a tantos como me ordenase.

Desde ese mismo momento, el pueblo me sentenció como una traidora, con el mayor insulto que podía pronunciar las personas a las

que debía proteger. La Flor de Garland no era más que una mala hierba.

Yo solo hice lo que era necesario para sobrevivir. Eso es lo que hago cada día: asegurarme seguir viviendo, aunque eso signifique ganarme el odio de un pueblo que me consideraba su princesa.

Yo no pedí esto.

Zoltán saluda a la mujer de ojos celestes vestida de rojo que custodia las puertas del estudio del rey. Ella responde poniéndose en una posición de firmes y apartándose para que podamos pasar.

En el interior, el rey Lobo está frente a un enorme escritorio, sentado en un elegante sillón de madera tallada con motivos florales. De su respaldo cuelga una larga arma parecida a una pica.

—Majestad —lo saludo con una solemne reverencia.

—Muestra tu rostro, princesa —contesta entre grandes bocanadas de aire. Su voz suena algo más ronca que de costumbre—. Estamos entre iguales.

Retiro la capa de mi cabeza y el pañuelo escarlata que me cubre la boca. Lo miro con cautela. Como siempre, no hay ni una sola parte de su cuerpo que no esté tapada. Es imposible ver su piel.

—Anahí de Garland... —comienza de nuevo—. Ese nombre tiene mucha fuerza en este lugar, ¿no crees? Cuando llegué aquí, fantaseaba con degollarte para evitarme problemas... —Deja escapar una pequeña carcajada—. Pero no lo hice. Permití vivir a la pequeña alimaña y la críe como mejor se podía. Me convertí en su padre.

Me aferro a la empuñadura de mi espada e intento que no se note la repulsión que me producen sus palabras. Pero él sigue mirándome, esperando.

—Y no sabe cuánto se lo agradezco, Su Majestad.

Creo que voy a vomitar.

Tras su máscara de lobo, vuelve a reír. Realiza un gesto con una mano enguantada y Zoltán se apresura a llevar al escritorio una caja de madera. Lobo señala la mesa para que me acerque y obedezco sin rechistar.



—Anahí, me has probado tu lealtad en muchas ocasiones. —Una punzada de arrepentimiento me recorre el pecho—. Y es hora de que te recompense.

Abre la caja y veo mi premio: una máscara tan negra como la que él lleva puesta; su forma imita la cabeza y el hocico de un felino, aunque su significado es lo que verdaderamente me aterroriza. Ponerme esa máscara es aceptar que la lealtad que le rindo al hombre que me arrebató el reino es real. No puedo permitir eso.

Pero si no lo hago, cumplirá aquella fantasía de rebanarme el cuello. ¿Qué otra opción me queda?

La máscara se amolda perfectamente a mi rostro y por un momento me quedo sin aliento. Unas punzadas de dolor se me clavan en la frente y siento cómo mis sentidos se agudizan. De pronto todas mis preocupaciones desaparecen y me siento más fuerte... Imparable.

Me río sin control. Quiero destrozar algo, necesito destrozar algo. Quiero probarme a mí misma que soy imparable. Mi corazón se acelera porque sabe que soy capaz de controlar el mundo, porque nadie importa más que yo y porque soy la que podría rebanarle la garganta al viejo idiota de Lobo si me apeteciese.

¿Y por qué no lo he hecho ya?

¡Yo soy la gobernante de Garland!

¡Yo, no él! ¡Yo!

No lo soporto más.

Desvaino la espada y asesto una estocada con fuerza. El escritorio de madera tallada se rompe como si se tratase de una ramita y, de pronto, tengo al idiota de Lobo delante de mí, vitoreando mi poder mientras golpea las palmas abiertas de sus manos contra el reposabrazos de su sillón.

¿Su sillón? Es el sillón de mi padre y ya es hora de que ese idiota me lo devuelva.

—Impresionante, princesa.

Una mano me agarra y me quita la máscara. Todo se vuelve más nítido mientras Zoltán guarda de nuevo mi regalo en la caja.

Veo las dos mitades de lo que antes era el escritorio, astillado y partido de un solo movimiento, y ahogo un pequeño grito. Zoltán se coloca a mi lado y me besa en la mejilla. Yo sigo mirando el escritorio, horrorizada.

—El primer contacto siempre es espectacular, ¿no crees? —le dice el rey a Zoltán.

El capitán sonríe y asiente.

Lobo vuelve a centrarse en mí.

—Bueno, ahora hablemos de trabajo.